



AÑORANZAS
DE MI PUEBLO



A MI MADRE



AÑORANZAS
DE MI PUEBLO



ESDE lejos, la tierra en que nací pareceme pintoresca como nunca; la torre de la parroquia, cual inmensa estatua blanca, semeja vigilar, sobre los tejados bermejados del caserío, los solares fronteros y la

llanada tendida al horizonte.

El templo del «Señor del Huerto», ceniciento por aguaceros y soleadas de tantos años, apenas si de mis ojos expertos en buscarlo deja mirarse.

El camino real, con ser largo y penoso en su cuesta empinadísima, antójase de lejos una escalera en manso declive, que uniera las milpas de la llanura y el zócalo central de mi aldea.

El milenarío cerro, cuya calva rocallosa cúbrese ahora de nubes blancas, que danle aspecto de gigante con testa encanecida, conserva sus catorce oratorios, edificados por el fanatismo de mis conterráneos para rezar en ellos, en casos de grave pecado, las dolorosas estaciones del *Vía Crucis*.

Y acá abajo, cerca del ferrocarril que me aleja a prisa cruel del querido paisaje de mi tierra, risueños a pesar de la sequía, los ranchos del Potrero miran correr el río que los fertiliza, con los ojazos brillantes de sus presas, y déjense hollar las entrañas húmedas y propicias a la fecundación, por las del arado potentes rejas, besadoras pujantes del barbecho.

La belleza atrayente del paisaje, y el marco de oro de mis quereres y de mis añoranzas, hacen que yo contemple el cuadro aquel de la Naturaleza con religiosa devoción estética y filial.

Los tiempos de mi niñez ya borrosos en la flaca memoria por largas ausencias en la Corte, donde ha enraizado mi porvenir, reviven y me hablan de la arcaica vida aquella, muerta para siempre y siempre amada.

Todo un pasado surge en mi memoria. Mi casa, con sus anchos corredores ornados de geránios y enredaderas; el espacioso patio, cuyas bal-

dosas soportaron años y años el paso de atajos y carretas, y el del guayín familiar en ocasión de paseos; la pajarera del comedor frontero al jardín, siempre sonora de clarinadas y gorjeos; las cabaillerizas odorantes a majada y a residuos de pastura húmeda de orines; los largos macheros, llenos a la tarde de bestias rendidas de hambre y de cansera.

Todo surge purísimamente en el almarío, con la potencia de un recuerdo caricioso.

Mis alegres juegos rústicos a la vera de «Las Fuentes» o en el rancho de «La Garita», fructífero en sabrosos duraznos que comiera escondido entre las frondas de los árboles; mis paseos dominigueros a la plaza, donde consumíanse los donativos maternos; mis clases de primeras letras con la maestra inolvidada que me enseñó a leer...

Mas de todas las remembranzas una triunfa, con su cortejo de pintorescos detalles, sobre la ausencia y el tiempo, padres del olvido.

A los siete años no anhelaba otra cosa que ser «charro», y parecerlo además. Montar un buen caballo, consonante en estatura con la mía; calarme espuelas que sonaran ruidosamente en las baldosas; tener una silla *vaquera* con chapetones plateados, reata en los *tientos*, y *cantinas* bordadas

y de buen cupo; usar sombrero ancho, fino de pelo, no muy alto de copa, con toquilla de oro, barboquejo borlado en la punta, y largo hasta dar en la cadena del reloj; y contar con otros menesteres de importancia menor, que atañían más directamente a la plástica del *cuaco* que yo *ensillara*.

Siendo tal mi ilusión, encaminé mis actos todos a verla realizada, ya con ruegos a mi padre, ya con caricias molestas, por lo melosas, a mi madre; ya con promesas de imposibles o poco menos; ya, en fin, con malos humores o tristezas que traducíanse en no querer jugar, no poder dormir y casi no probar bocado en la comida.

Después he sabido lo que ogaño hubiera adivinado: que apenas dejó traslucirse mi deseo, cuando el afán materno, ahito siempre de contentarme y regalarme, encargó a México todas aquellas cosas con el sigilo propio de las sorpresas.

— Si tu maestra, díjome mi padre, nos da buenas noticias de ti al fin del año, tendrás todo lo que quieres.

Yo fuí entonces empeñoso como nunca lo fuera y bueno en el más lato sentido de la palabra, con la esperanza de verme, ¡al fin!, dueño y señor de los arreos precisos a un charro *de veras*, y en

la posibilidad de lucirme los domingos en el mercado y acompañar a *mi papacito*, a la hacienda; y, sobre todo, ¡cosas de la infancia!, en la seguridad de causar envidias al pobre primo, que sin duda quedaríase con la boca tan abierta como los ojos codiciosos.

¡Vaya si estudié! No eran capaces de distraerme ni los lloriqueos de mis hermanos menores, ni el bullanguero parlotear de los pajarillos de jaulas y jardín; ni el arribo de los arrieros, con ser tan escandalosos, al pasar los patios de la casa; ni el trafagar de la trastienda.

Los rencores contra Juanita, mi preceptora, tornáronse agasajos; jamás la hiciera tantas caricias como entonces; jamás recé con la devoción intensa de aquellos días, y hasta juraría que el Ángel de la Guarda, conocedor de mi conducta, aparecióse una noche con sus grandes alas blancas y sus ojos de plegaria para velar mi sueño.

Aún me alegra el júbilo de aquel día. ¡Fué tan grande!

Comprendí que mi padre adorábame, a pesar de los duros regaños y de los ceños adustos y de... otras reprimendas dolorosas menos espirituales; y lloré sobre sus manos benditas.

Entendió la inocencia mía que mi madre era

una santa, obligada a las veces a ser rigurosa conmigo, y empecé a tenerla culto.

La *sillita* estaba preciosa, con sus chapetones de plata; sus correas muy largas en los tientos, y muy finas. Los estribos con «tapaderas» muy elegantes, como las de la silla paterna, y las cantinas grandes y bordadas a grecas sencillas. El fuste, pequeño, de un crema limpiísimo, con sus agarraderas en la *teja* y su ribete de plata en la cabeza, parecía un ánade de victoriosa gallardía.

La reata, delgada, suave y... ¡pinta!, de negro y blanco, superaba a mis deseos.

Las espuelas llegaban a lo extraordinario. ¡Eran doradas!

Pero, en medio de tanta felicidad, algo me torturaba: el sombrero de charro, ¡oh tristeza!, no era de pelo ni tenía toquilla de oro, sino sencillísimo: color de rata, liso y con toquilla vulgar, plateada. Es decir, no tenía *chiste* alguno; y rehusé a ponerme, hasta que la autoridad materna obligóme a ello, con la amenaza terrorífica de regresar todo a México, si continuaba mi descontento insensato.

Transformado en charro auténtico de los pies a la cabeza, presentéme a Catarino, el mozo de estribo de mi padre, urgiéndole mi Rosillo que parecía otro que no él.

Catarino radiaba de contento.—¡Caray, niño, qué bien estás! «Haber el remojo», si no, no te subo.—Ándele, ándele, súbame pronto, si no, lo acuso. El remojo pídaselo a mamacita.

A la una, a las dos y... a las tres. ¡Al fin era charro!

Las *arciones* me venían muy bien; el fuste lo encontré comodísimo; las espuelas sonaban muy bonito y brillaban al sol como el trigo de la hacienda en tiempos de siega; la reatita lucía maravillosamente su belleza, bajo la cantina izquierda, un tanto abultada.

En medio de aquella alegría sin par, sufrí una humillación horrenda. Me amarraron a la silla. ¡A mí! ¡A un caballero andante de la charrería, como era yo!

— No quiero, no quiero que me amarre; no me caigo, hombre; ¡qué me va a tirar!; pues no más eso faltaba...

¿Verdad, Rosillo, que no me tiras?... Déjame, déjame suelto; al cabo, si me agarro bien de la cabeza de la silla no me caigo; y diciendo y haciendo asíme con potente fuerza al útil adminículo aquél.

— Pero niño, por Dios, dijo burlonamente Catarino, ¿y la rienda? ¡Ah, qué charro de agua dulce, no han de amarrarlo y suelta la rienda!

— Déjese usted amarrar, gritó mi padre desde la puerta de su despacho, que abandonó con la curiosidad de contemplarme de charrito.

Y obedecí, mal de mi grado.

De la tienda salieron Gumersindo y los mozos; de las caballerizas los arrieros; de las piezas los mozos y las criadas, que llegaban a curiosear mi nueva indumentaria.

Por entre las plantas del corredor me contemplaban con arrobo mi madre y mis hermanos, en tanto Catarino me ató a la silla, ¡como a un cualquiera!... ¡Qué vergüenza! ¡Y así me vería Miguelito, el pariente!

Pero, detalles a un lado, yo alcancé la felicidad de mi vida, el tema inevitable de todos mis sueños; mi constante preocupación moral, el objeto de mi existencia...

¿Qué más podría yo exigir a mis padres? ¿Qué más podría pedir en mis oraciones a Dios y a todos los santos?

¡Qué dulce, qué amable, qué inmensa felicidad tuve entonces!

No me cambiara ni por mi padre ni por los ángeles del cielo.

Con volar más el pensamiento que la locomotora, al término de aquellas reflexiones mi pueblo se esfumaba en la lejanía, al pie del cerro; y mis ojos, que no se despegaban del amontonado caserío de la aldea natal, parecían clavados al paisaje por el potente martilleo de mis amores a la tierra y al pasado.

Perdida la torre de la parroquia, e impreciso en lontananza el muro albeante del "Calvario", al voltear su rumbo la violenta máquina, siguiendo un vado, si más hermoso menos querido que el pueblo en que nací, las de mis ojos lágrimas sinceras de añoranza, cerraron mis párpados y abrieron mi alma a la melancolía de los recuerdos...

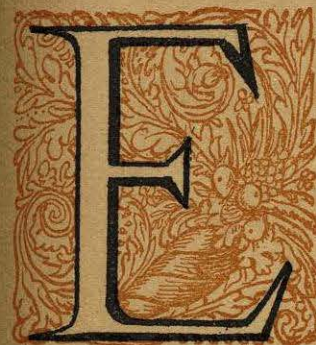




BAJO EL PINAR



BAJO EL PINAR



ERA bajo el pino más alto del monte, aquel gigante que surgía de la hondonada desafiando a la peña inmensa donde anidan las águilas; era en el pinar tupido y odorante que rima eternamente la majestuosa lírica del viento, tañendo entre las ramazones; era al amor de la sombra, salpicada en el pasto seco por las monedas de oro de sol caídas entre la enramada.

Reíamos y el eco de nuestras risas se besaba allá en los riscos con la terca alegría de los pájaros; cantábamos como si el alma, agradecida y respetuosa de la naturaleza, quisiera fraternizar

con el alma del bosque; contemplábamos con religiosa devoción mística el manso balanceo de los soberbios ocotes, el encarnadino tronco de los mardroños, el recio encino murmurador sonante y empecatado de los secretos de la selva, la perlilla, ninfa del bosque cuajada de gotitas de nieve, como perlas de Ormuz; el cedro aristocrático en su regio dominio de elegancia, y los secos empinados y enormes peñascos erguidos al cielo, vigías de dos valles, acariciados por todas las brisas, iluminados por el sol de la mañana a la tarde, arcones silenciosos y perdurables de las leyendas de la cañada y de la orgullosa fruición de las alturas que todo lo ven.

Había olvidado mis amores intensos, mis rencores pasajeros, mis fatigas ciudadanas, para hartarme de luz, de aire, de sol, en la vieja finca donde mi abuelo transformara sus esfuerzos en oro, y donde mi padre dejó para siempre su salud y su vida.

En la compañía de dos almas amigas, fuerte y noble la una, exquisita la otra, queridas ambas, había tornado a la tierruca donde mis ojos aprendieron a saber mirar al sol como a un padre, y al agua y a la tierra como a dos hermanas; donde mi alma se enamoró imperecederamente de la Madre

fecunda, de la casa solariega, de los jacales paupérrimos, de las trojes inmensas abastecedoras de vida, de las bestias dóciles, del establo odorante, de los cañones umbríos, nidos de auras y madriaguas de coyotes, tejones y gatos monteses; de las colinas secas, del regato parlanchino, de la roca incommovible, del tapiz multicoloro de las campiñas, de la gente lugareña sumisa y respetuosa, aquerenciada en el arado y la azada, de tez bruna y alma de armiño, querendona y querida, fiel y estimada, que en mi niñez besó mis manos en señal de acatamiento y de amor.

Era dichoso entre aquellas gentes, en aquel paisaje y con aquellos buenos amigos. Nada perturbaba mi espíritu como no fuera el recuerdo cariñoso de los labios amados, que me besaron tanto a la despedida.

Y allí, bajo el pinar, recibí la cruel noticia, el compromiso estaba sellado con la palabra de honor de mi padre; debía partir con premura a firmar el contrato: ¡la venta de la hacienda!... Enmudecí; un gran dolor me hería el alma, como si todos mis antepasados me diesen la representación de su pena. ¡Oh santa rebeldía de amor a la tierruca!

La sombra de mi abuelo me gritaba: Si yo aquí

nací, amé, luché y triunfé!... ¿Por qué dejan mis lágrimas, las que llorara bajo aquel encino, cuando tu abuela se fué al cielo? ¿Por qué dejan mis energías transformadas en trigo, en agua que por todas partes corre, en tierras abiertas que abren sus fauces gritando a ustedes que no las dejen, en rebaños que preguntan por mí?...

Y la sangre de mi padre y el alma de mi padre me gritaban: ¡Si yo quiero más que tú, hijo mío, al Rincón del Encinar, y al Establo y a Mavatí, y al Salto Grande y al Chico, y al Jacal de San Isidro, y al río y a mis peones, que también son hijos míos... Pero ve, más tarde me lo agradecerás, no tanto por el bien que recibas, sino porque estimarás, aquilatando este sacrificio que hago por tus hermanos y por ti, esta inmensa amargura de tu padre, que se irá conmigo cuando yo me vaya.

Fuíme donde nadie me viera ni escuchara; lejos, monte adentro y monte arriba, donde las peñas; y entre las hojas secas y las bellotas, me tendí en el suelo como una pobre cosa triste... Y sollozé, gemí al par que encajaba mis manos entre la tierra floja del bosque, y hacía crujir la hojarasca seca entre mis dedos...

A la despedida, de madrugada, José Antonio,

Fermín, Justino, Domingo, Marín, Luisa, las buenas gentes de mi casa, me abrazaban sollozando.

- ¿Pero qué, será posible, señor amo?
- ¡Sea por Dios!
- ¿Y qué haremos nosotros huérfanos?...
- ¡Sea por Dios!
- ¡Sea por Dios, señor amo!...

